

los del bien ser de la misma esencia. Lo conseguido es mucho y mucho lo por conseguir que van a dar a la mar, de manera que luz y taquígrafos y unas previsiones concretas, como mínimo, hasta el año 2500, aunque sin cometer la locura de no establecer para más adelante unas líneas generales de actuación.

¿Qué va a ser de nuestros tataranietos? He aquí una cuestión a la que debemos enfrentarnos con todo rigor, con toda energía, con

toda la capacidad de creación de que nos hemos mostrado capaces hasta la fecha.

Prever el futuro es afirmar el presente. Afirmar el presente es valorar en toda su grandeza el pasado. Sin volver la cabeza atrás, tenemos la posibilidad de ser estatua de sal que anda y anda y la andadura, singladura, edad madura. El futuro es nuestro. Mira macho, aquí lo tengo, sólo le doy alpiste y lechuga, pero ya verás como canta. ■ **CANAVERAL.**



EL ANTIDESARROLLO DE LOS NUMEROS ROJOS

No es desarrollo todo lo que re-
luce, a pesar de que los discursos
versan exclusivamente sobre lo
bien que estamos y lo mejor que

vamos a estar. Y como nadie hace discursos triunfalistas sobre las empresas públicas y privadas que van de cráneo, en plan de desastre total, vamos a hacerlo nosotros. Así que discurso al canto y leña al mono que es de goma y no se entera:

Señoras y señores: gracias a nuestra madurez y a nuestra cosa hemos conseguido que vayan de cráneo un mayor número de empresas que en cualquier país europeo. Si Europa es crisis, y quiebra, y números rojos, aquí somos más europeos que nadie, como está archidemostrado. Aunque agentes a sueldos de potencias extranjeras señalan aviesamente que nuestra economía va de rosas, he de confesarles que la cosa está fatal, gracias a todo lo que hemos dicho, así que ya pueden ustedes empezarme a aplaudir. (grandes aplausos y gritos de «Marcial, tú eres el más grande».)

No nos vamos a meter en esta hora histórica a hacer recuento de pequeñas pérdidas que nada indican. Dejemos para los cantores del arroyo claro y para los inasequibles de la fuente serena las pérdidas inferiores a los cien millones de pesetas, y vamos a quedarnos con las grandes magnitudes que marcan la trascendencia histórica de nuestra hora. (Más aplausos, que son gratis).

Señoras y señores: trece empresas, trece, han perdido en 1974 hasta el chaleco, si por **chaleco** entendemos balances negativos superiores a los cien millones de pesetas. De los 4.750 millones de pérdidas de Renfe—la que más se ha esforzado por el camino de la superación de sí misma—, hasta los 127 millones de Fasa-Renault, podemos hoy estar tranquilos y contemplar un horizonte lleno de números rojos: 4.491 millones

DON BLAS, AL MUSEO DE CERA

EL espíritu ese de la reconciliación, que ya me tiene harto, porque me obliga a reconciliarme mañana, tarde y noche, me lleva a tratar de comprender a don Blas Piñar. Para mi es como si hablase chino, de todos modos. Pero, en fin, he aprendido chino. Desde luego el señor Piñar no es un ganapán de la política, no pertenece al coro de los truchimanes. Nunca ha sido una mosquita muerta a la caza, con reclamo, de una subsecretaría, o un moscardón vivo en pos de representar la escena del sofá ministerial. Todo lo contrario. Lo mismo envía sus padrinos a Ava Gardner, que se pega con los masonazos de la C. I. A., que le escribe una epístola censoria a don Carlos Arias. Es un señor de rompe y rasga. Pero se ha empeñado en ser mítico, y eso le pierde. Es como el Cándido de Voltaire, que no era volteriano. El volteriano era Voltaire. Para aclamar a Oliveira Salazar se fue a Badajoz. Es como si Areilza, para aclamar a la monarquía, se fuese a Cangas de Onís. Es mítico, y es emblemático, y es simbólico. Toda su doctrina es una petición de principio engastada en una fraseología entresacada de la propaganda post-bélica. Dice cosas tan peregrinas como que con la monarquía «se mantiene la unidad de mando y de Poder», tal que si fuesen cuestiones antípodas, y en el mismo párrafo habla de «la unidad del pueblo y del Poder», lo que indica que el Poder es algo que no puede tener el

pueblo. Pura fraseología y lugar común, sin la más leve huella de rigor. Y es una pena. Porque don Blas Piñar es un verdadero sentimental de barricada, un líder nato para los momentos del ser o no ser, un capitán de Felipe II para la más desmesurada aventura equinoccial. Pero no un pensador para un pueblo. Eso no. A un señor que le dice, desde el periódico «Hoy», que ha ido a Badajoz buscando «francotiradores baratos», le responde que en Extremadura lo que hay son «hombres llenos de hidalguía, que fueron conquistadores de América o semidioses». No creo que el señor Piñar busque francotiradores, ni baratos ni caros. No es su carácter. Sin embargo, ¿cómo se puede decir que los hombres que «hay» en Extremadura «fueron» conquistadores de América o semidioses? Extremadura es una región, según dice el corresponsal de «Hoy», marginada. Una región desatendida, pospuesta, económica y socialmente. ¿Qué es eso tan grandilocuente, tan confundidor, de los «semidioses»? ¿A quién podríamos convencer con una vaciedad semejante? Don Blas Piñar es una figura romántica, una figura sorprendida en un gesto de grandeza heroica, la reproducción en cera de un mármol cesáreo. Pertenece, nos guste o no, a la cultura política española. Merece un lugar de honor en el museo de cera. ■ **LICANTROPO**

perdidos por Hunosa; 823 por Feve; 668 por Transportes de Barcelona; 630 por la Empresa Nacional Bazán; 617 por Authi; 466 por la Empresa Municipal de Transportes de Madrid... ¿Para que seguir, señores, si todos conoceis el saludable panorama de nuestra economía? Y además, algo que no suelen repetir los comentaristas de las revistas disolventes: estas pérdidas se han conseguido no sólo gracias a la iniciativa privada, sino también con el fundamental aporte de los caudales públicos. Potasas de Navarra, Pirelli, Imapec, Banco de Noroeste, SKF Española han conseguido sus déficits anuales únicamente con el alfoje de bolsillo de sus accionistas; pero las pérdidas de Renfe y de la Empresa Municipal de Transportes o de la Bazán se han conseguido gracias al apoyo de todos, gracias a la fundamental colaboración del contribuyente, ya que esos magnos éxitos de la economía nacional pesan sobre la economía de todos nosotros. (Muchos aplausos y gritos de «Cojo, cojo, cojo».)

Así que, señores, con nuestro laconismo he de confesar al lu-

cero del alba y a la estrella de la tarde: Somos los más grandes, los que más pérdidas tenemos. Nuestra economía está que da penita verla. Y todo ello nos pone, hoy más que nunca, a nivel europeo. ¿No quieren que los rojos puedan abrir la boca? Pues aquí hacemos más: tenemos a los rojos, en los consejos de administración. A los números rojos, obviamente, señoras y señores. He dicho. (Grandísimos aplausos, a cuyo término los asistentes, puestos en pie, cantan el «Carrasclás, carrasclás, que bonita serenata»). ■ T. M.

BLAS PIÑAR YA NO USA PALETÓ

Igual que Fernando VII, en cuanto dejó colgado el paletó en el perchero del estudio de Goya, dijo aquello tan bonito y tan lapidario de «Marchemos todos juntos y yo el primero por la senda de la Constitución», don Blas Piñar —que según nuestras noticias no



ha usado nunca el paletó— también ha pronunciado una frase que está pidiendo mármol como el comer: «Con partidos políticos, no seremos los últimos en comparecer». Pero don Blas Piñar, ¿no usaba paletó?, digo, ¿no estaba contra los partidos políticos, que con tanta evolución dentro de un orden y tanta transición se traba uno?

Porque uno tiene muy mala memoria y no encuaderna el «Fuerza Nueva» en plan «Monitor», que si no podría decir cuándo y con qué palabras ha dicho don Blas cientos de veces que los partidos son lo peor del mundo, peor todavía que el judeomasonismo marxista, mucho más nocivos para la salud que la ola de erotismo que nos invade.

Desde que un día nos levantamos a las seis de la mañana para hacer Historia de España ante la pantalla del televisor, aquí todo el mundo quiere hacer su frase. Tal como en el colegio nos contaban la historia a base de batallas, porque entonces nadie copiaba como un descosido el Vicens Vives, ahora se construye la historia a base de frases bonitas. Nos va a venir corto todo el mármol de Carrara si tenemos que grabar todas las frases históricas que se están pronunciando estos días, incluida la frase del español que pone su granito de arena en la construcción de la Historia de España viendo el televisor muy temprano, mientras toma el cafelito:

—María, qué sueño me está entrando...

Para buscar el mármol y hacer la frase, se tira por la borda el pasado, la doctrina y la colección encuadrada de «Fuerza Nueva». «Con partidos políticos, no seremos los últimos en compare-

cer». Hala, hala, a la cola, que está sola. Eh, ese, que se cuele, un respeto, hombre. ¿Es usted el último? La concordia nacional debe empezar por respetar el orden en la cola. Los españoles ya hemos demostrado que sabemos muy bien guardar cola en los últimos días. Lo que no sabíamos es que la gente se cambiara de cola con tanta facilidad, sólo para pasar a la historia.

En vista de cómo se están poniendo las cosas, en la antesala de este gran salón del país donde empezamos a bailar el rigodón de la Historia Contemporánea habrá que poner un inmenso perchero. Para que los primeros de la cola empiecen por dejar allí su paletó. ■ B.

LOS CABALLOS DE SIBARIS

Todo se vuelve hablar del caballo de Troya, que, desde luego, tuvo su importancia, pues dio motivo a que se escribiese la Iliada (como decía el mismo autor, Homero: «Los Dioses causan y quieren la destrucción de los hombres para dar a los poetas motivo de canto»), pero tampoco son mancos los caballos («caballos», en plural, ojo al Cristo) de Sibarís, ciudad griega del sur de Italia conocida por sus refinadas y muelles costumbres, y cuyas ruinas, por cierto, fueron halladas hace unos pocos años, cuando ya se desesperaba de encontrarlas.

Los sibaritas (nombre tan peli-

ALGO DE NADA

«*La nada misma anonada*», «*La nada nada*»: éstas eran cosas que decía allá por los años treinta don Martín Heidegger y su razón no le faltaba. El señor Rodolfo Carnap, positivista él, se empeñaba en no entender nada de la nada y decretaba que don Martín incurría en abusos de lenguaje; figúrense, don Martín abusando del lenguaje, como si no fuera el lenguaje el que abusa siempre de nosotros, sobre todo de los positivistas, que no se enteran de la misa la media... Pero estoy seguro de que si Carnap hubiese mirado con atención, no podría haber dejado de ver la nada nadando por doquiera. Por mi parte, asisto desde hace un par de semanas al triunfo de la nada, a la inflación galopante de la nadería: puede que sea mi hígado, que ya no es lo que era. Me asomo a la calle; ¿qué veo?: nada. Como el periódico; ¿qué pasa?: nada. Hablo con la gente y nadie dice nada. Por la televisión, la plétora de nada es verdaderamente insultante. Los expertos en nada hacen su agosto en las revistas ilustradas, respondiendo naderías a las entrevistas que les hacen. ¿El pasado? Nada. ¿El futuro? Nada. ¿El presente? Nada menos uno. ¿El Sahara? La nada desierta. Nada por aquí, nada por allí. ¿Y la amnistía? Pues de la amnistía, nada. Dicen que la *clase política* se está moviendo mucho; se mueve, pero nada. Es que la *clase política* es la clase de la nada, la nada de clase, la clase vacía, que dicen los matemáticos. Se habla de personas que no son nada y se las dice ilustres; que no representan nada y se las llama representativas; de las que nada puede esperarse y se las mira con ilusa esperanza. Naturalmente, hay nadas y nadas. Nadas de colores, nadas con cintas, nadas impías y nadas clericales. Cuando alguien se le acerca a uno con optimismo inicia su retahíla de memeces con un: «¡nada, hombre, ya verás como...!» Y los pesimistas insisten meneando la cabeza: ¡nada, nada! Los parados no tienen nada que hacer; los miserables, nada que perder; Xirinacs, nada que comer; y yo, francamente, tampoco tengo ganas de nada.

—Pues, amigo, ¡el que nada, no se ahoga!

—¿Que se cree usted eso! ■

SAVATER